



HOMILÍA EN EL PRIMER DÍA DE LA NOVENA DE LA VIRGEN DE LOS ÁNGELES – BASÍLICA DE CARTAGO

Monseñor Bartolomé Buigues Oller

Estimadas hermanas y hermanos:

Representando a la comunidad diocesana de Alajuela hemos llegado hasta esta Casa de nuestra Madre, Nuestra Señora de los Ángeles, al inicio de la novena en su honor. Venimos como pueblo de Dios que camina unido, trayendo en el corazón las alegrías y las preocupaciones de nuestras familias, de las parroquias y de nuestra patria. Ponemos a los pies de la Negrita nuestras súplicas y nuestros sueños, particularmente el anhelo de la paz. Costa Rica necesita volver su mirada al Señor y aprender nuevamente el lenguaje del encuentro, del respeto y de la fraternidad. Por eso, junto a los obispos en la Carta Pastoral, «La paz esté con ustedes», pedimos a María que nos enseñe a ser artesanos de paz, comenzando por nuestros hogares y comunidades.

Toda peregrinación es un signo de la vida cristiana. Dios nos invita a salir de nuestras seguridades, de nuestros egoísmos y de nuestros miedos. Como a Abraham, el hombre de la promesa en la primera lectura (Gn 12, 1-7). Salió sin conocer el camino completo, pero confiando en quien lo había llamado. Dios le promete mucho más de lo que abandona. El Señor nos pide que dejemos aquello que nos encierra para regalarnos una vida más plena. El problema es que muchas veces queremos las promesas de Dios, pero sin recorrer los caminos que Él nos propone.

El Salmo 112 (113) es un canto de alabanza al Dios que se inclina hacia los pequeños y eleva a los humildes. Sus palabras encuentran un eco maravilloso en el Magnificat de María: «Enaltece a los humildes». Ella nos recuerda que la verdadera grandeza no está en los honores, sino en un corazón sencillo habitado por la gracia de Dios.

El Evangelio (Mt 1, 18-23) nos presenta el misterio de la Encarnación. María estaba desposada con José cuando recibió la noticia más grande de la historia humana: Dios necesitaba de su libertad para entrar en nuestro mundo. La salvación nos vino por la humildad de una joven de Nazaret que supo decir: «Hágase en mí según tu palabra».

Subrayo un detalle. El ángel le dice a José: «No temas acoger a María». El gran enemigo de la fe es muchas veces el miedo. Tenemos miedo al futuro, miedo a los cambios, miedo a comprometernos, miedo a perdonar, miedo a amar sin medida. Por eso las palabras del Señor son siempre las mismas: no tengan miedo.

Al final del Evangelio escuchamos el nombre con el que será llamado el Hijo de María: Emmanuel, que significa «Dios con nosotros». Esa es nuestra gran esperanza. No caminamos solos. Dios camina con nosotros. El Señor ha acompañado la historia de nuestro pueblo y seguirá acompañándola si aprendemos a confiar en Él.

María es la mujer del «sí», pero también es la mujer de la confianza. No lo comprendió todo desde el principio. Tuvo preguntas, incertidumbres y dolores. Sin embargo, nunca dejó de confiar y aprendió a escuchar. Por eso es Reina de los Profetas: porque supo escuchar la Palabra de Dios, acogerla en su corazón y anunciarla con su vida.

El Magnificat de María constituye uno de los textos proféticos más hermosos de toda la Sagrada Escritura. Ella anuncia el proyecto de Dios para la humanidad: un Reino donde los humildes son enaltecidos, los hambrientos son saciados y la misericordia del Señor alcanza a todas las generaciones. Su profecía no nace de una ideología humana ni de un proyecto político; nace de la contemplación agradecida de las maravillas que Dios realiza en la historia.

María nos enseña que Dios continúa hablando al corazón humano y que, solamente quien cultiva el silencio interior es capaz de reconocer su voz. No hay profecía sin escucha, no hay anuncio sin silencio, no hay misión sin contemplación. Vivimos rodeados de palabras, pero tenemos poca capacidad de escuchar. Escuchamos muchas voces, pero dedicamos poco tiempo a escuchar la voz del Señor. Accedemos a una gran cantidad de información, pero no siempre alcanzamos la sabiduría. María nos enseña a guardar la Palabra, meditarla en el corazón y permitir que transforme nuestra vida.

La Iglesia necesita hombres y mujeres con espíritu profético. No profetas de calamidades ni sembradores de desesperanza, sino discípulos capaces de leer los signos de los tiempos a la luz del Evangelio. Nuestro mundo tiene hambre de palabras verdaderas, de testimonios creíbles y de comunidades que hagan visible la ternura de Dios. La profecía cristiana consiste, sobre todo, en anunciar que Dios continúa obrando en medio de su pueblo y que la esperanza tiene la última palabra.

Cuando contemplamos a la Virgen de los Ángeles descubrimos que Dios tiene predilección por los pequeños y los humildes. La Negrita apareció entre los sencillos. Dios continúa revelándose en la humildad. Vivimos en una sociedad que con frecuencia mide el valor de las personas por lo que tienen, producen o aparentan. María nos recuerda que el verdadero valor del ser humano está en ser amado por Dios y llamado a ser portador de Cristo para el mundo.

Nuestro pueblo costarricense necesita volver la mirada hacia María. Vivimos tiempos marcados por la violencia, la polarización y la indiferencia. Nos duele ver familias heridas, jóvenes sin horizontes, personas ancianas que experimentan la soledad y comunidades que pierden la capacidad del encuentro. Frente a esta realidad, María nos invita a superar la resignación y abrirnos a la esperanza.

Nuestra Iglesia diocesana está llamada a caminar. No podemos instalarnos en la nostalgia del pasado ni en el temor al futuro. Somos una Iglesia peregrina y misionera. El Señor nos sigue diciendo: salgan, anuncien, siembren esperanza, construyan comunión, sean signos del Reino de Dios. Una Iglesia que no camina corre el riesgo de convertirse en un museo; una Iglesia que peregrina se mantiene joven porque permanece dócil al Espíritu Santo.

Peregrinemos también con el corazón. ¿De qué debemos salir hoy? Quizá algunos del resentimiento para entrar en el perdón. Otros de la indiferencia para comprometerse con el servicio. Algunos de la tristeza para abrirse nuevamente a la alegría. Y no pocos estamos llamados a salir de una fe rutinaria para encontrarnos personalmente con Jesucristo. Pienso en nuestros sacerdotes, diáconos, seminaristas, religiosos y religiosas, agentes de pastoral. El Señor sigue llamando. El ministerio no es una conquista personal sino una peregrinación cotidiana de fidelidad y servicio. Nunca podremos anunciar aquello que no contemplamos ni entregar aquello que no vivimos.

Me dirijo igualmente a las familias. María y José nos enseñan que Dios se hace presente en la sencillez del hogar. Allí donde se ora juntos, donde se aprende a perdonar y donde el amor es más fuerte que el egoísmo, allí nace nuevamente Jesús. La primera escuela de la fe continúa siendo la familia.

Celebramos el centenario de la coronación pontificia de la imagen de Nuestra Señora de los Ángeles. Cien años después, la corona más hermosa que podemos ofrecerle no es de oro ni de piedras preciosas. La corona que ella espera está hecha de corazones convertidos, de familias reconciliadas, de jóvenes comprometidos con el Evangelio, de sacerdotes santos y de una Iglesia que camina unida en la misión.

En este Jubileo Franciscano, al celebrar los ochocientos años del tránsito de San Francisco a la casa del Padre nuestra mirada se dirige a la humilde Porciúncula, la pequeña iglesia restaurada por San Francisco y confiada a la protección de la Madre de Dios. Allí, Santa María de los Ángeles fue el lugar del perdón, de la fraternidad y del envío misionero; allí comprendió Francisco que María sigue conduciendo a sus hijos hacia Cristo. No es casual que Costa Rica haya puesto su vida y su historia bajo el amparo de la Virgen de los Ángeles: ella nos invita a hacer de nuestra Iglesia una nueva Porciúncula, humilde y acogedora, donde todos encuentren misericordia y paz.

En el camino hacia la solemnidad de nuestra Madre, los invito a vivir con fervor la novena en honor de la Negrita, uniendo nuestras voces y nuestros corazones para pedir el don precioso de la paz. Nuestra Patrona, que reunió a un pueblo dividido alrededor de la pequeña imagen hallada sobre la piedra, continúa convocándonos hoy a la reconciliación, al encuentro y a la fraternidad. Ante las heridas provocadas por la violencia, la indiferencia y la división que experimenta nuestra sociedad, hagamos nuestra la súplica que los obispos hemos dirigido en la carta pastoral «La paz esté con ustedes»: que la paz de Cristo habite nuestros hogares, nuestras comunidades y nuestra patria. Que cada día de la novena sea una oportunidad para orar por las víctimas de la violencia, por nuestras familias, por los jóvenes, por quienes ejercen la autoridad y por todos aquellos que trabajan incansablemente por el bien común.

Peregrinar significa dejar que Dios transforme nuestro corazón. No regresaremos a nuestros hogares igual que como hemos venido. Que María de los Ángeles interceda para que llevemos la paz que hemos pedido hasta nuestros ambientes cotidianos. Que seamos sembradores de reconciliación donde haya divisiones, portadores de esperanza donde reine el desaliento y testigos del Evangelio donde la violencia pretenda imponerse. Pongamos bajo el manto de nuestra Madre a Costa Rica entera.

Que María, Reina de los Ángeles, nos conduzca hacia su Hijo, el Príncipe de la Paz, y nos enseñe a ser artesanos de paz y bien, custodios de la Casa Común. Amén.



+ Bartolomé Buigues Oller
Obispo Diocesano de Alajuela